

**CICATRICES
DEL ALMA**
ELBA BALMORI

Flores Marchitas

Es casi medio día y sigo en casa, cada día me despierto temprano, abro la ventana, doy gracias a Dios por todo y trato de hacer las cosas que no hice el día anterior, pero llega la noche y mi lista de cosas pendientes va en aumento. Empiezo a ver la vida en cámara lenta, pero todo se mueve tan de prisa. Aún no me acostumbro a no tener un horario porque toda mi vida tuvo que seguir un horario y un calendario.

En mi teléfono no hay llamadas y algunos de mis mensajes siguen sin ser contestados. Pienso en que tengo que encontrar una nueva ocupación. Entonces, pensé en mi papá y en la época en que él se retiró; en aquel entonces mi papá decía "Ya me falta poco para retirarme" cada vez estaba más cerca ese día y él lo esperaba con ansia.

Mi papá fue muy disciplinado y responsable, nunca llegó tarde a trabajar, eso es algo que yo heredé de él. ¿Qué pensaría él que era el retiro? ¿Tener tiempo para hacer las cosas que le gustaba hacer? Mi papá fue una persona amigable y la gente lo quería, pero mi mamá le decía, "Esos son amigos del comandante, de lo que tú representas, no de ti".

Yo pensaba que quizás mi mamá se lo decía porque ella nunca tuvo muchas amigas, mi abuelita, según me contaba ella, fue muy estricta con mi mamá y no la dejaba tener amigas porque "las amigas cuestan", le decía mi abuela. Cuando mi papá por fin obtuvo su retiro empecé a dormir mucho, tal vez por todo el tiempo en que no pudo hacerlo, parecía que mi papá tenía muchos amigos en esa época y que ahora tendría tiempo para convivir con ellos, pero no fue así, también se retiraron los "amigos" y las invitaciones. Parece que con el retiro nos vamos volviendo invisibles. Sin un horario que cumplir y sin una tarea por realizar el día parece muy largo, pero se va más rápido de lo que pensamos y no solo el día, sino la vida. Tengo muchas cosas pendientes por hacer, pero son cosas personales y las hago o no nadie lo notará, tampoco llego tarde a ningún lado porque no tengo hora de llegada ni salida. Hace unos meses comencé un empleo de medio tiempo y me volvió el alma al cuerpo, de nuevo me volví visible y me sentí útil, pero estoy consciente que eso es solo una ilusión.

A veces me siento como las flores que se van marchitando poco a poco en un jarrón; en un tiempo fueron admiradas, las colocaron en un lugar para que todos las pudieran ver, y las presumieron, pero al perder su atractivo ya no tenía caso conservarlas y fueron a parar a la basura. Pero a veces pasa que alguien guarda una de esas flores entre las páginas de un libro, y un día al abrir ese libro, a pesar de que la flor se haya marchitado, vuelve a vivir porque no perdió su esencia, ya que es capaz de traer de nuevo una sonrisa a quien la conservó por el simple hecho de verla, y como en los viejos tiempos, esa flor vuelve a irradiar belleza.

Esa es la razón de ser, no importa el tiempo ni el lugar donde de la vida nos coloque. Por eso no importa cuántos amigos se alejen cuando ya no somos importantes para ellos, no importa qué trabajo se deje, lo que importa son las personas que nos escogieron para que estemos en su vida y las sonrisas que podamos compartir con ellas porque para compartir la vida con ellos no hay horario.

Una flor siempre será una flor, aunque nadie la vea. Contacto, ebalmorig62@gmail.com

**VIDA Y ARTE**

VAN MUÑECAS A EXPO

Cris Pérez, fundadora de La Casa de Marseille, acude al XIV Annual Summer Hill Country Doll Show con su colección de muñecas antiguas mexicanas Lili LedyPor IDALIA ÁLVAREZ
idalia.alvarez@elmanana.com.mx

Coleccionista neolaredense Cris Astrid Pérez Soto destaca internacionalmente por sus muñecas antiguas. Este fin de semana participó en el XIV Annual Summer Hill Country Doll Show, celebrado en Schertz, Texas.

Pérez Soto es fundadora de La Casa de Marseille, proyecto con el cual inició por su afición de coleccionar muñecas desde su infancia, ahora tiene cerca de cinco años especializándose en ella y su comercialización con coleccionistas. Esta actividad la ha llevado a tener el reconocimiento de quienes están inmersos en este mundo, gracias a la calidad de las piezas que ofrece y encuentra, así como de los conocimientos que tiene sobre las piezas.

Por lo anterior se ha hecho de un nombre y presencia con La Casa de Marseille, de ahí surgió la invitación este año para acudir al evento internacional como expositora.

El evento se realizó ayer de 9:00 de la mañana a 4:00 de la



tarde en el Centro Cívico de Schertz, Texas;

"Estoy muy contenta de haber participado, de recibir esta invitación para el XIV Annual Summer Hill Country Doll Show. Presentaré muñecas mexicanas de la compañía Lili Ledy de los años 60, muñecas artesanales y joyería artesanal con muñecas", comentó Pérez Soto.

Llevan años haciendo esto de las muñecas y ahora me

invitaron a mí. Con esto me convertí en la primera mexicana mostrando las muñecas de la famosa y reconocida marca mexicana Lili Ledy; es una gran satisfacción".

"Las muñecas que se muestran en esa expo son alemanas, americanas, Barbies, entre muchas otras de todo el mundo, pero ninguna mexicana y fui la única ahí, entonces significó un gran logro", expresó.

LA CASA DE MARSEILLE

"Mis muñecas ya han pisado todo la República Mexicana. Para nosotros los coleccionistas es una obra de arte, es algo muy bonito, admiramos la belleza de cómo se crearon y que están hechas a mano las muñecas antiguas" señaló.

Su colección privada consta de 30 muñecas, además posee de vinil, vintage y modernas, logrando entre todas una cantidad de 100 piezas.

"Ahorita la más antigua que tengo es la que comencé todo y justamente fue hecha por Armand Marseille, es una muñeca alemana de porcelana pura. Por ella nombré así mi negocio y a mi hija", compartió.



La muestra contó con muñecas antiguas alemanas, americanas, japonesas, entre otras nacionalidades y Cris Astrid Pérez Soto, es la única exponente con muñecas mexicanas de la compañía Lili Ledy de los años 60.

**DESDE EL
OTROLADO**
JORGE SANTANA

Achicharramiento

Los días han sido pegajosos, húmedos, después de tanta lluvia; humedad que me trae recuerdos. Como un Jorge Santana a eso de los 7 años, viajando en el enorme auto de mi padre al hotel Hacienda, ya como a eso de la 1:00 de la tarde, en pleno beso canicular.

Como mi papá era un gran consumidor de coñac y dejaba, sin quejas, que los meseros le cobraran de más, a mí me permitían meterme a la alberca, mientras él perdía la mirada tranquilamente en una soledad tan seductora. El hotel Hacienda tenía una piscina enorme, que creo, aunque ya tiene otro nombre, todavía conserva. En aquel tiempo, era de máxima elegancia, y tenía un bar lleno de pericos y guacamayas falsas, forrado en madera clara, sudando a los 90s.

En la alberca siempre sola, me gustaba flotar como muerto, nunca soltándome de la orilla; flotaba tan tranquilo, todo parecía en orden en mi vida; papá estaba donde encontraba una extraña felicidad y mi madre seguramente hacía lo mismo allá en el rancho.

No siempre estaba tranquilo, desde pequeño me consternó la vida en general, todo me preocupaba, desde los pleitos del sindicato de maestros, hasta la inflación y la caída del peso -sí, tan chico y por preguntón, ya sabía todos los problemas de los adultos, los comprendía a mi manera y no me dejaban dormir, y hoy en día andamos por las mismas-. Pero bueno, la curiosidad siempre mata al gato y aunque yo sigo vivo, he tenido varios encontronazos por ser tan curioso.

En fin, cuando papá se había hartado de frotar entre sus dedos una copa de coñac -porque ese licor se bebe a temperatura corporal-, mandaba llamarme. Yo siempre fui friolento, quizá es algún mecanismo de defensa evolutivo para soportar tanto calor. Salía entonces de la alberca y corría al bar, escurriendo, tiritando, con una toalla delgada prometiendo más de lo que podía entregarme. Al entrar al aire acondicionado aquel tugurio frufú de alto pedigree, el frío me entumecía, y los labios se me ponían morados, entonces papá pagaba la cuenta adulterada y encima dejaba propina y yo corría al auto.

Me subía a esa piel negra y desquebrajada, que ardía, ya se imaginan, y entonces me acostaba sobre ella, a lo largo del asiento trasero. Esa sensación, ese choque de frío y lava, es una impresión que jamás olvidaré, la puedo sentir todavía, recorrer mi piel, hasta juro que puedo oler a ese vapor como de sauna, que se hacía cuando mi frágil arquitectura empapada se postraba sobre esa plancha hirviendo, hasta los vidrios brevemente se ahumaban.

Ya después me brincaba al asiento delantero porque había que ayudarlo a papá a manejar, irlo guiando como a un ciego, el coñac, verán, ya después de tantos, pues sí, afecta. Y había que guiarlo por esa carretera nacional que todavía no lucía el tan necesario camellón. "Cuidado padre por favor" le decía, con una cierta emergencia hasta dulce. Nunca nos pasó nada, siempre llegábamos salvos más no sé si sanos, y al llegar corría porque se me olvidaba ponerme los zapatos y la arena, era fuego, puro fuego vivo. Quizá por eso amo tanto a esta tierra, porque aprendí a quererla, como si fuera un romance, con sus cualidades y desperfectos. Aprendí a quemarme los pies y no quejarme.

En estos días en donde siento al verano escabullirse, que ya está en lo último, no lo despidió con alegría, aunque claro me da muchísimo gusto que climas más nobles estén por llegar. Lo despidió nostálgico, ese fuego, nuestro fuego, me trae tantas memorias ¿qué sería de nosotros sin la memoria? Es todo lo que somos, y todo lo que seremos, no hay más... en fin querido y no tan querido lector, no nos queda de otra. Jorgesantana1@gmail.com